

LO MALO DE DIOS ES QUE VIVE EN LAS NUBES

Rosalina Perales

Universidad de Puerto Rico

La corrupción sobre la muerte y la desgracia es una infamia.

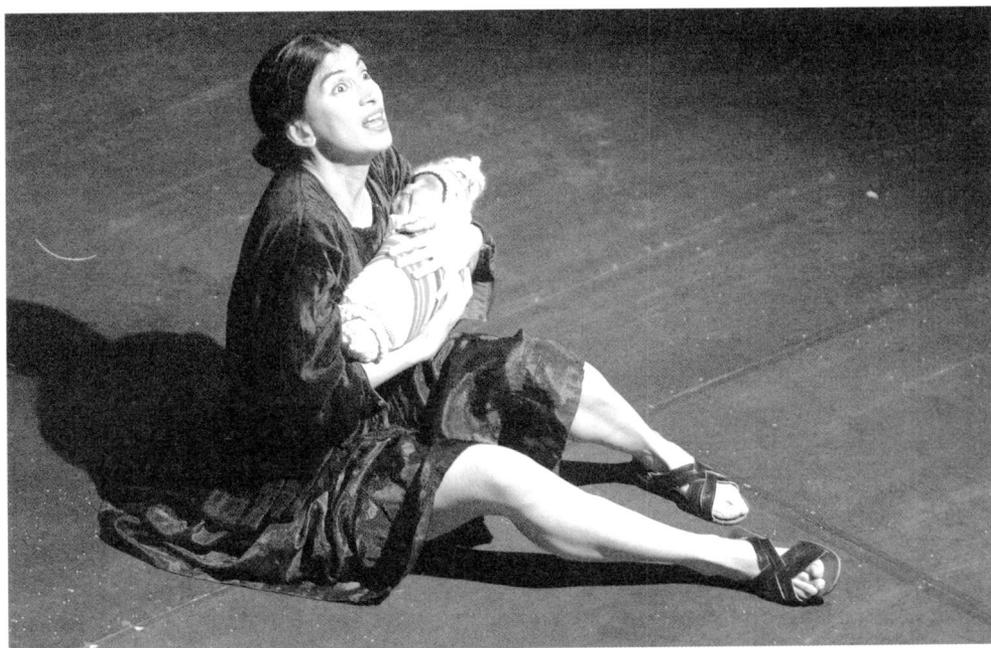
Teatro de los Andes

Soy una apasionada de Latinoamérica. Ya son más de dos décadas de tránsito por esos territorios tan iguales como peculiares que devoran toneladas de historia más rápidamente que ninguna otra geografía del mundo. Porque la historia de los países americanos se desfigura diariamente al hilo de sus políticas (o sus políticos) y como ave Fénix resurge para iniciar nuevamente el acto. Hay sufrimientos compensados con alegrías. El primero se ha quedado a vivir en estos confines, que claman por abstracciones como la justicia, el respeto o la paz.

Hace unos meses estuve en Chile y Bolivia, tirada por las riendas del teatro. En Chile inicié un proyecto con el teatro infantil de Eugenio María de Hostos, con el Colegio Amunátegui, fundado en 1890 por el Prócer. Aproveché para ver teatro —que no es más que el espejo de la sociedad— y para indagar sobre los eventos de actualidad. Según los diarios chilenos, casi había una guerra entre Chile y Bolivia por la salida al mar. Mientras en Puerto Rico apreciamos poco nuestras playas y hasta las arruinamos, Bolivia retorna a los ochocientos cuando en la Guerra del Pacífico perdió su salida al mar: Los chilenos no querían saber de los bolivianos; restaban importancia a las continuas marchas y reclamos —incluso de niños— en La Paz.

La Paz me sorprendió con su nueva cara, que era la de siempre, con más maquillaje. Cientos de carros hormigueaban por la ciudad que conocí casi vacía. Negocios, negocios y más negocios. Gente y más gente. La Paz se había convertido en una gran ciudad. Sin embargo, allí seguían los aymaras en sus mismas esquinas, con los mismos niños, con sus trajes ancestrales; indolentes ante la vertiginosidad que se tejía a su alrededor. Inamovibles. Su casa sigue siendo la calle. Su meta, conseguir la comida de cada día para sobrevivir. Su sueño, derrotar el tiempo.

Regresé a Bolivia invitada para ofrecer una conferencia sobre el teatro boliviano en su relación con el latinoamericano, como parte del Festival Iberoamericano de La Paz (FITAZ). Me atendieron muy bien, sin dejar de hablarme sobre la maldad de los chilenos que no les concedían un pedacito de mar. Revisé los periódicos sólo para descubrir que la trama se complicaba. Ahora Bolivia había decidido no venderle petróleo a Chile. «No hay mar aquí, no hay petróleo para ellos», vociferaba a diario el presidente Carlos Mesa y el resto del pueblo. Argentina, que compra el petróleo boliviano de un modo conveniente, salió a defender a Chile, tranquilizándolos. Ellos seguirían vendiéndole el petróleo de siempre, del que recibían de Bolivia. El presidente



Alice Guimaraes a En un sol amarillo, escrita i dirigida per César Brie. L'obra és una producció del grup bolivià Teatro de los Andes i es va representar del 21 al 31 d'octubre de 2004 al Festival Iberoamericano de Teatro de Cadis. (Manuel Fernández)

Mesa reaccionó tajante: si Argentina le vendía una molécula (con mayúscula) de petróleo a los chilenos, no le suministrarían más su cuota. Por una o dos noches Buenos Aires se oscureció (en prevención); necesitaban el petróleo de Bolivia. Queremos a Chile, pero... nuestras luces son lo primero. No le venderemos ni una gota. Eso dijo el presidente argentino, Néstor Kichner. (Y que conste que Brasil y Venezuela salieron al rescate de Argentina ofreciéndole petróleo «sustitutivo».) Al otro día se prendieron temprano todas las luces porteñas.

Un día después de mi llegada a La Paz, sentí una inquietud tal en el ambiente que tuve que preguntar qué ocurría. ¡Increíble!, Bolivia y Chile se batían en fútbol por un lugar en la Copa Mundial. El duelo se producía en La Paz. No sé si alguien trabajó ese día porque todos los caminos conducían al estadio y nadie hablaba de otra cosa. La policía paceña tuvo que custodiar al equipo del sur. Era evidente: aquel juego no era un juego; era una nueva Guerra del Pacífico; era un duelo a muerte. Chile ganó (dos a cero...) cubriendo con una nube negra el ánimo de los bolivianos. El país quedó derrotado.

Mientras los jugadores movían sus fichas, como en un juego de ajedrez, un minero desempleado hacía cinco años había penetrado en el Parlamento abrazado a una bomba para exigir al Gobierno la pensión que le debían desde que cerraron la mina donde había trabajado más de

quince años. No podía pedir desempleo porque tenía el tiempo suficiente para la pensión, pero como al coronel de García Márquez, la pensión nunca le llegó ni hubo alguna autoridad que durante esos cinco años hubiera aceptado escucharlo. Su familia, de seis miembros, ya no soportaba el hambre y la situación de indigencia; fue por eso que Eustaquio Picachuri fue al Parlamento a pedir por él y por otros quince mineros en situación similar. Vino la policía; llegó un general del Ejército Nacional; lo increparon, se burlaron de él retándole a que era incapaz de hacerlo y allí mismo el minero se inmoló, primer hombre-bomba de Latinoamérica (sórdido honor), llevándose con él al soberbio general y a un sargento, junto con el frente del Parlamento. Nosotros nos encontrábamos bien cerca de allí, viendo una obra de teatro. Decididamente, no fue un buen día para Bolivia. Claro que no pude menos que recordar este trágico episodio —y sufrirlo de nuevo— cuando un necesitado o desajustado (o ambos), entró, cuchillo en mano, a la Fortaleza sanjuanera a hacer su petición. Vivimos en sociedades desequilibradas que empujan a los individuos a la violencia, cuando les toca a fondo la desesperación.

De los espectáculos que vi en estos países, debo rescatar dos por el extraordinario balance obtenido por sus directores entre la teatralidad y los contenidos: *Gemelos*, del conocido grupo chileno de creación colectiva La Troppa, y *En un sol amarillo*, del Teatro de los Andes, de Bolivia, dirigido por el argentino César Brie. No sólo resultaron ser espectáculos de una fuerte teatralidad —actores rigurosos, con dominio total de sus capacidades histriónicas, códigos teatrales cuidados, derroche de imaginación—, sino de una avasalladora fuerza ideológica; satírica y cruel, en la primera; patética y burlesca, en la segunda.

La Troppa es el más conocido grupo teatral chileno de las últimas décadas. Su perdurabilidad en el gusto de los espectadores obedece al desarrollo de un discurso riguroso e impactante, tanto textual como escénico. Pueden satisfacernos, deleitarnos, exacerbarnos, pero nunca decepcionarnos. En este caso, seleccionaron la novela de la húngara Agota Kristof: *El gran cuaderno* —una de mis favoritas, de las tres que le he leído—. Es evidente que además de desafiantes teatristas, son investigadores profesionales de la literatura. Kristof es un desafío para el mundo literario, pero ha de ser un reto mayor traducir sus potentes historias al mundo de la imagen viva. No hay ilustración en la puesta en escena, como se suele hacer en la «industria» del espectáculo. Hay la creación impactante de una historia humana esencialmente brutalizadora.

El motivo recurrente del «ludis» entre la infancia y la madurez, originalmente expresada en un despliegue de imaginación perenne o los artefactos mecánicos, como medio de sorprender, aparecen perfectamente equilibrados en este montaje que nos recuerda que los tiempos de guerra son crueles —inclusive los más actuales—; que deshumanizan llevando al ser humano a sus límites de crueldad, aun con la familia. Muestra que es un período de pérdidas y cambios drásticos en el que sólo los más fuertes y sagaces logran sobrevivir. Pero muestra también que aun aprendiendo a sobrevivir en la desolación, el maltrato o el rechazo, se puede lograr un balance síquico-espiritual para mantener la esencia humana y humanizar a otros, salvándonos de la animalización de la guerra.

La relación ultranegativa de una abuela con sus nietos gemelos despierta en el público constantes emociones fuertes: sufrimos, reímos, nos identificamos, nos alejamos, pero no dejamos de acompañar a esos personajes insólitos en su rito de iniciación en la crueldad de la vida, hasta verlos emanciparse con dolor de la abuela-bruja que los maltrató, pero quien al final, ya habiénd-

dolos formado, se humaniza y sufre con la separación. El aprendizaje vital fue mutuo. Un bello y exhaustivo trabajo que nos seguirá emocionando mientras tengamos sensibilidad y memoria.

En La Paz, el grupo Teatro de los Andes deleitó con dos presentaciones: *Frágil* y *En un sol amarillo*. La primera fue una especie de divertimento sobre la transición de la infancia a la adultez, deteniéndose en ese difícil momento de la pubertad, que la familia se encarga de hacer aún más difícil. Sin embargo, la gran producción boliviana del festival fue *En un sol amarillo*, una profunda revisión crítica de la corrupción gubernamental boliviana (o latinoamericana; es lo mismo). En una especie de épica trípica, César Brie, director del grupo y de la obra, nos hace vivir varias catarsis —no siempre dolorosas— durante su recreación del trágico suceso del terremoto de la ciudad de Aiquile, en 1998. La primera parte y la última nos conmueven, llevándonos casi a gritar por las injusticias cometidas contra el pueblo pobre por el gobierno (representado por el presidente, su esposa y sus acólitos) y los militares de todos los rangos. La segunda parte, en cambio, es una farsa satírica cargada de un humor escalonado, con variantes para todos los públicos. Algunos cuestionaron esta especie de intervalo farsesco, pero como era la sección que trataba más las figuras del presidente y su esposa, junto al famoso episodio de la compra de un avión presidencial, siento que no había otra manera de tratar a figuras y situaciones tan absurdas, pues a este tipo de personajes políticos —y sus actos—, diferentes a los indios, mineros y todos los que experimentaron la catástrofe, no se les puede tomar en serio. Cerca del final, apareció un minero con un cartel que nos impactó: «Lo malo de Dios es que vive en las nubes»... decía.

En su conjunto, *En un sol amarillo* resultó un trabajo conmovedor que tocó las fibras más íntimas del público que atestaba el teatro, por lo que recibió una larga ovación. El trabajo modernísimo e impecable en su teatralidad, así como crítico y creador de conciencia en su contenido, que viene realizando César Brie en Bolivia (con actores mayormente bolivianos), así como la formación actoral que propicia, desde 1991, es digno de encomio y emulación.

Por estas experiencias es que cada día me apasionan más Latinoamérica y su teatro. No está de más darnos la vuelta alguna vez —si podemos— por estas rutas alejadas del Caribe, cuya vorágine histórica, retratada por el teatro, nos recuerda cuánto nos parecemos.